

LEONIDES GUADARRAMA

IN MEMORIAM

PEDRO RAMOS

A mediados de 1969, por encargo de la mesa directiva de esta Academia, tuve la honra de ocupar esta tribuna para decir unas palabras en ocasión del quincuagésimo aniversario de la recepción profesional de mi maestro, don Leónides Guadarrama. Menos de dos años más tarde, nuevamente la ocupo para dedicar un recuerdo a su memoria, porque el maestro Guadarrama, después de una vida plena de esfuerzos y trabajos, pero plena también de realizaciones y de la satisfacción de sentir que con sus actos había corroborado sus pensamientos y sus convicciones, murió el 9 de noviembre de 1970.

Si bien ya en 1969 habíamos hecho notar que su vida se había desarrollado en diferentes localidades y en diversos medios sociales, durante un lapso decisivo de nuestra historia, hoy deseo recordar que una vez recibido permaneció varios años en la provincia ejerciendo muy activamente la medicina general y que después retornó a esta ciudad en donde pronto encontró su camino en la práctica y la docencia de la gastroenterología. Rápidamente en ésta se distinguió porque seguramente muy pocos profesores, no sólo entre nosotros, sino en muchas otras partes del mundo,

han poseído el privilegio de la expresión lógica que a su espíritu y a su actitud le era connatural. Gracias a ella sus alumnos podían seguir la secuencia de su pensamiento en una forma que parecía no necesitar esfuerzo y así eran conducidos al convencimiento de la naturaleza del padecimiento y deducían también lógicamente la terapéutica. Quienes lo escuchaban sentían y gozaban la elocuencia de su palabra y la penetración, poder y fuerza de su razonamiento.

Entró a formar parte de la Academia Nacional de Medicina el 14 de enero de 1942, en donde ocupó un sitio en la sección de Gastroenterología y sus comunicaciones a ésta y a otras corporaciones especialmente a la Asociación Mexicana de Gastroenterología, de la que fue miembro fundador, contribuyeron al mejor conocimiento de los padecimientos esofágicos y gástricos. Sin embargo, debo recordar que particularmente sus aportaciones orientadas al estudio de las afecciones intestinales agudas y crónicas, fueron muy valiosas y constituyeron en nuestro medio una etapa definitiva en el conocimiento de las enteropatías crónicas no específicas.

En todos sus trabajos se veía de inmediato una orientación hacia lo que hoy llamamos integralismo. Nunca el interés erudito por un padecimiento mermó el que le merecía el hombre en su totalidad, por el cual manifestó siempre el mayor respeto. A sus méritos académicos debemos sumar su valor humano. La vida técnica no existe por sí misma, existe porque hay detrás un hombre que la anima, que la siente y la aprovecha y en la forma como la vive, descubrimos su personalidad, su pensamiento y los valores que considera inherentes a su destino vital. Por ello merece con justicia el título de mentor, porque no sólo enseñaba, sino que guiaba y orientaba con su ejemplo.

El maestro Guadarrama comenzó a estudiar medicina en la segunda década de este siglo, en el preciso momento en el que se creía que el siglo XX sería el siglo del progreso ininterrumpido, garantizado por el orden reinante en todo el mundo que por aquel entonces se estimaba inconvencible.

Sin embargo, pronto los acontecimientos iban a contradecir tal optimismo, y los pocos años que transcurrieron durante su paso por la Escuela de Medicina, fueron suficientes para que aquel mundo saltara roto en pedazos y que del antiguo orden sólo quedaran recuerdos. Cuando dejó las aulas, grandes problemas sumergidos o reprimidos, pero no resueltos, habían salido a flote. En el mundo muchas fronteras geográficas se habían modificado, muchos regímenes de duración secular desaparecieron para no volver más y en nuestro país se habían roto los diques que también secularmente habían dividido a diferentes clases de hombres.

En un ambiente de plena lucha y renovación en el que abundaban las gentes

que, a semejanza del legendario emperador chino hubiesen condenado a morir junto con sus parientes, a quienes no alabarán el presente y hablarán mal del pasado y quienes lo harían con los que hablarán bien del pasado y mal del presente, hubo de comenzar a actuar, solamente que entre tantos que no supieron distinguir lo que era mejor para el país, para él no hubo duda y adoptó definitivamente la posición de avanzada porque la esperanza era inherente a su personalidad. Confiaba en el hombre como ser perfectible, posición que creo sinceramente es uno de los soportes de la medicina, porque si no creyésemos en la modificación del hombre, si estuviésemos aferrados a la fatal permanencia de sus defectos, no existiría la mente terapéutica que ha hecho trabajar al médico en beneficio de los individuos y de las sociedades, a pesar de que hayan sido muy escasos los medios de los que haya podido disponer.

Una demostración viva y elocuente de su posición optimista nos la dio precisamente en aquella sesión de 1969, cuando se nos presentó en el recinto de esta Academia plenamente satisfecho, a pesar de que quienes lo tratábamos sabíamos que uno de sus más caros anhelos había sido llegar al quincuagésimo aniversario de su recepción en pleno ejercicio profesional y, desgraciadamente, la enfermedad le había impedido ver cumplido su deseo.

La esperanza no lo abandonó en su enfermedad final y en ella se conservó firme. Aún recuerdo su estimulante y cariñosa sonrisa pocos días antes de morir, cuando recluido en la sala de cuidados intensivos del hospital en que murió, no podía ocultársele la gravedad de su estado, del cual estaba perfectamente consciente. Enfrentó la muerte con la misma

franqueza que había enfrentado todas las situaciones que se le habían presentado en vida.

Alguien ha escrito recientemente que los hombres mueren en el momento en que han perdido la esperanza. El maestro Guadarrama nunca la perdió. Ella lo

acompañó en el tránsito hacia el más allá y vive en la inmortalidad que no es una ilusión vana. Entre nosotros, entre los suyos y sus amigos, continúa ocupando el mismo lugar que ocupó en el fragmento del mundo que tuvimos el privilegio de convivir con él.